

Gina Alessandra Saraceni*

⇒ El regreso de los fantasmas. Escrituras de la herencia en las ficciones de Sergio Chejfec y Roberto Raschella

Resumen: Este trabajo se propone reflexionar sobre la figura del heredero en algunas novelas de los argentinos Sergio Chejfec y Roberto Raschella a partir de la pregunta sobre cómo un sujeto se inscribe en una genealogía, cómo responde a la deuda con sus antecesores siguiendo el planteamiento derridiano de la herencia como proceso de lectura e interpretación de un mandato. Se trata de reflexionar sobre el espectro que desajusta el presente reclamando responsabilidad y atención.

Palabras clave: Sergio Chejfec; Roberto Raschella; Literatura argentina; Siglo xx; Inmigración; Memoria.

No desconfiemos de los muertos que prosiguen en nuestra sangre. No somos ni mejores ni distintos; tan sólo los nombres y los escenarios cambian. Ellos te miran escribir, te ayudan.

José Emilio Pacheco

1. Transmisión y legado

En *La herencia de Eszter* del escritor húngaro Sándor Márai hay una escena donde la protagonista está mirando la foto de la hermana muerta con la que, a lo largo de toda la vida, tuvo una relación de rivalidad amorosa y observa: “[...] sólo me quedó un paisaje desolado y devastado allí donde antes habían estado mis relaciones familiares. Acerqué su foto a mis ojos miopes y la observé con suma atención. ‘¡Qué fuerza tienen los muertos!’, pensé, impotente. En aquel instante, Vilma estaba otra vez viva, recobraba esa nueva vida, misteriosa, que suelen adquirir los muertos para intervenir en nuestra existencia; los muertos a quienes creemos acabados, desaparecidos, enterrados bajo tierra descompuestos. Sin embargo, un día reaparecen y actúan de nuevo” (2000: 106). Esta

* Profesora (asociada) en el Departamento de Lengua y Literatura de la Universidad Simón Bolívar. Líneas de investigación: literatura de viajes, representaciones de la identidad y la memoria en la literatura latinoamericana contemporánea, poesía venezolana. Últimos trabajos monográficos: Nicolás Federman y la derrota del deseo (1^{er} Premio Paz Castillo. Mención Estudios Literario; en prensa); Escribir hacia atrás. (Herencia, fantasmas y legados) (en prensa).

escena fantasmal y amenazante sugiere la idea del pasado como herencia con la que es necesario confrontarse y frente a la que hay que responder; también como voz que viene de atrás para irrumpir y desajustar el presente de los vivos y mostrar que “no se hereda nunca sin confrontarse con algo espectral” (Derrida 1995: 31) y que “el muerto puede ser a veces más poderoso que el vivo” (1995: 65).

Este trabajo se propone reflexionar sobre la figura del heredero en *Lenta biografía* (1990) de Sergio Chejfec y *Diálogo en los patios rojos* (1994) y *Si hubiéramos vivido aquí* (1998) de Roberto Raschella, a partir de dos preocupaciones centrales: la primera relacionada con la idea de herencia como deuda que el heredero contrae con sus antecesores, es decir, como una forma de convivencia con los espectros que sobreviven del pasado en el presente y como un modo de asumir una responsabilidad frente a un mandato que se hereda; la segunda vinculada con la idea de la herencia como proceso de lectura e interpretación de un mandato y no como apropiación mecánica de un bien que se adquiere a través de un testamento.

En ambos casos lo que me interesa pensar es cómo el sujeto se inscribe en una genealogía, la manera como reconoce los lazos que lo ligan a sus antecesores, la función que la memoria tiene en el proceso de “adquisición” de un apellido y una procedencia. En este sentido, se trata de reflexionar sobre la relación que los vivos tienen con los muertos a partir de la idea derridiana del espectro como presencia de lo ausente, como reaparición de algo que dejó de estar pero que sigue estando, como algo que ya fue y todavía no es: suerte de presencia anacrónica, de aparición intempestiva que desajusta y desarticula la contemporaneidad del presente mostrando su deuda con el pasado, su actualidad inactual.

Se trata, siguiendo la lección de Walter Benjamin, de pensar el pasado como proceso que se realiza en el presente y tiene lugar en el momento de su rememoración; como experiencia actual de aquello que ya no está; el pasado como relación entre “lo memorizado y su lugar de emergencia” (Didi-Huberman 1997: 116). Lo que nos lleva a plantear el pasado como disolución y promesa: disolución porque su manifestación es residual dado que existe como resto de lo perdido, y promesa porque está disponible para ser leído desde el presente y desde el futuro mediante nuevas coordenadas de interpretación que revelan formas inéditas de entenderlo. De aquí que Benjamin (1997) hable de “legibilidad póstuma” del pasado, de “posterior clarividencia” y del futuro como tiempo que permite al pasado reaparecer y a la vez aparecer por primera vez para revelar deudas y nuevas formas de asumir dichas deudas. De aquí que para Derrida: “El porvenir así como el pasado no pueden sino pertenecer a los fantasmas” (1995: 51).

Según la etimología latina, la palabra herencia (*haerentia*, n. pl. del participio de *haerere*) significa: “estar adherido” (DRAE)¹, es decir, estar arraigado, tener un espacio simbólico de pertenencia relacionado con la transmisión –por parte de padres, ancestros, comunidad o cultura– de un conjunto de bienes, valores, tradiciones, recuerdos que ins-

¹ Otros significados de la palabra heredar que me interesa destacar son: “Rasgo o rasgos morales, científicos, ideológicos etc., que, habiendo caracterizado a alguien, continúan advirtiéndose en sus descendientes o continuadores” // “Rasgos o circunstancias de índole cultural, social, económica, etc., que influyen en un momento histórico procedentes de otros momentos anteriores” // “Conjunto de caracteres que los seres vivos reciben de sus progenitores” (DRAE).

criben al sujeto que los recibe en una tradición conectándolo con “las voces que llegan de atrás”. Podemos hablar de “un *stock* de sentidos, emociones, fantasmas, secretos y lealtades que preceden al individuo, con el cual tendrá que refundarse para encontrar entre esos materiales –con ellos o contra ellos– su propio proyecto, su lugar en el mundo” (Makowski 2002: 154).

Para Vincent de Gaulejac, “cada individuo es depositario de la totalidad o de una parte de la memoria familiar a partir de lo que ha visto, escuchado, vivido, y de lo que le fue transmitido a partir de objetos, testimonios o relatos. La herencia familiar condiciona, de manera consciente o inconsciente, las orientaciones, las elecciones, las inclinaciones” (cit. por Makowski 2002: 154). Concebida en estos términos, la herencia es una forma de memoria que conecta el pasado con el presente al establecer una continuidad entre las generaciones y al otorgarle al heredero un relato identitario a través del cual inscribirse en una genealogía. De aquí la importancia de destacar que la memoria individual existe en relación con la memoria colectiva constituida por tradiciones, saberes, lugares, fechas, rituales, relatos, personas que un colectivo (nación, familia, religión, cultura, comunidad, grupo) comparte; un conjunto de representaciones y prácticas que los sujetos heredan del pasado y reactualizan en el presente (Halbwachs 2000; Fabietti/Matera 1999). Es en el cruce entre recuerdo personal y colectivo, entre la dimensión privada e íntima de la memoria y la pública y social donde las identidades se arman y desarman, negocian sus relatos y revelan sus fisuras, se asumen como un “nosotros” problemático.

Pero ¿cómo se hereda, cómo adquiere cuerpo, se materializa una herencia en el presente del heredero? Cabe destacar, siguiendo los planteamientos de Michel Foucault en *Nietzsche, la genealogía, la historia*, que la herencia “no es una “adquisición, un haber que se acumule y se solidifique” (2000: 28), un legado pleno y sin fisuras que se adquiere para siempre a través de la transmisión, sino, por el contrario, un bien que “fragmenta lo que se pensaba unido”, que “agita lo que se percibía inmóvil”, que “muestra la heterogeneidad de lo que imaginábamos conforme a sí mismo” (2000: 28-29). La naturaleza de la herencia implica reconocer el origen no como instancia permanente y lineal o como fuente o principio donde todo comienza, sino, por el contrario, como algo abierto y “en-el-tiempo” cuyo devenir imprevisto revela una “novedad siempre inconclusa” (Didi-Huberman 1997: 11). Se trata de asumir su carácter errático y en devenir, que restituye en la medida en que transforma, que “conserva lo que ha sucedido en su propia dispersión” (Foucault 2000: 27). Un origen que se articula a partir de fallas, “puntos de ausencia”, errores, hundimientos, desviaciones, accidentes, que borran toda posibilidad de creer en una verdad del origen y de la herencia o de pensar el origen y la herencia como verdades solemnes (“Hay que reírse de las solemnidades del origen”, dice Foucault 2000: 20). Esta concepción del origen y de la herencia impone la necesidad de asumir la precariedad que los constituye, los “bajos fondos” y las líneas de fuga que los atraviesan, los “saltos” que interrumpen el *continuum* de la historia (Benjamin 1997: 189), continuidad que es una construcción del “punto de vista suprahistórico” o de la historia con H mayúscula cuya finalidad es “recoger, en una totalidad bien cerrada sobre sí misma, la diversidad” de los acontecimientos (Foucault 2000: 43). En este sentido, para Foucault es necesaria una “mirada disociante” dispuesta a leer en el cuerpo de la historia sus desarticulaciones y “síncopes”:

Hay que fragmentar lo que permitía el juego consolador de los reconocimientos. La historia será más “efectiva” en la medida en que introduzca lo discontinuo en nuestro mismo ser.

Divida nuestros sentimientos; dramatice nuestros instintos; multiplique nuestro cuerpo y lo ponga a sí mismo. No deje nada sobre sí que tenga la estabilidad tranquilizadora de la vida de la naturaleza, ni se deje llevar por ninguna muda obstinación hacia un final milenarista. Socave aquello sobre lo que se la quiere hacer reposar, y se ensañe contra su pretendida continuidad (2000: 47).

Si asumimos la herencia no como un patrimonio de bienes que se transmite y se recibe de manera mecánica y definitiva, sino como un legado en formación y devenir que se construye en la medida en que se asume, cabe preguntarse acerca de la función que desempeña el heredero en el proceso mismo de heredar.

Inscribirse en una herencia –cultural, familiar, afectiva, simbólica– no es un proceso mecánico que ocurre sin la participación del individuo sino que, por el contrario, exige una construcción, un trabajo crítico de elaboración, adecuación y actualización de la herencia recibida. Enfrentarse entonces con el mandato del pasado significa ocupar el lugar del intérprete que no busca leer literalmente el texto que recibe para sacar a la luz una verdad de él, sino más bien, para “plegarlo a una nueva voluntad”, imponerle otra dirección, “hacerlo entrar en otro juego”, pescar sus faltas, pescarlo en falta para reescribirlo desde la infidelidad como “la mejor manera de ser fiel a una herencia, herencia del nombre en primer lugar” (Foucault 2000: 29).

Para Jacques Derrida, en *Espectros de Marx*, se trata de asumir que:

Una herencia nunca se reúne, no es nunca una consigo misma. Su presunta unidad, si existe, solo puede consistir en la inyunción de reafirmar eligiendo. Es *preciso* quiere decir es preciso filtrar, cribar, criticar, hay que escoger entre los varios posibles que habitan la misma inyunción. Y habitan contradictoriamente en torno a un secreto. Si la legibilidad de un legado fuera dada, natural, transparente, unívoca, si no apelara y al mismo tiempo desafiara a la interpretación, aquel nunca podría ser heredado [...] Se hereda siempre de un secreto que dice: léeme ¿serás capaz de ello? (1995: 30).

El heredero es entonces quien, al heredar, está llamado a interpretar un secreto que le otorga un saber precario e incompleto que restituye la falta de pertenencia y genealogía y la disolución inherente a toda memoria; un saber que fracasa en la medida en que no comprende ni acumula conocimientos sino que, al adquirirlos, los pone bajo sospecha –“el saber no está hecho para comprender, está hecho para zanjar” (Foucault 2000: 47)– adquiriendo la certeza de la imposibilidad de poseer un bien que siempre está por venir.

Se trata de un heredero frágil que sabe que la herencia transmitida no reestablece una continuidad con el pasado ni tampoco una memoria lineal, exacta y continua de la pertenencia y que asume el fracaso de su interpretación crítica como un valor positivo, como una ganancia que le permite posicionarse ante sí mismo como sujeto en deuda con los que estuvieron antes porque “no hay nombre propio sin herencia, sin deuda, sin huella que nos expropia todo el tiempo de ese nombre que debería designarnos solo a nosotros” (Derrida 1998: 61). Mirar hacia atrás es enfrentar el espectro que nos interpela a través de su mandato, es interpretar las huellas y vestigios del pasado como una manera de responder a la pregunta sobre el yo y a la pregunta sobre el otro cuya memoria me está legada y confiada para que la haga sobrevivir a través de mí y de mi duelo por el ausente (Derrida 1998).

2. Herencias intransferibles

Fui puesto, debatiéndome, en marcha
hacia un retorno, y era a perderlo adonde
navegaba. No era de allí mi origen y de él era
la misma pérdida lo que perdía.

Tomás Segovia (*Anagnórisis*)

Lenta biografía de Sergio Chejfec y *Diálogo en los techos rojos* y *Si hubiéramos vivido* de Roberto Raschella son novelas que representan formas de heredar un legado a través de la figura de un heredero-narrador que apela a la escritura para explorar el pasado familiar y asumir la herencia que sus padres le transmiten. No se trata de relatos que, a la manera de la memoria y de la ficción histórica, apuestan por la recuperación de los hechos en su exactitud documental y cronológica, sino más bien, de textos que vuelven hacia atrás para mostrar el contenido afectivo, emocional y subjetivo implicado en la experiencia del pasado, los silencios, las ausencias, los errores, los secretos que traman toda genealogía. En este sentido son novelas que expresan cómo los procedimientos estéticos y literarios que se utilizan para decir esa experiencia tienen su propio lenguaje capaz de construir una perspectiva crítica y política sobre el pasado y proponer otras formas de leer e interpretar los legados.

La idea del pasado como temporalidad ‘en proceso’ y como reaparición fantasmal que perturba el presente constituye un rasgo de las obras en cuestión, cuyos protagonistas –padres e hijos– están marcados por historias de pérdidas y lutos difíciles de transmitir y de heredar: la emigración italiana (años treinta) y la diáspora judía en la Argentina. En ambos casos se manifiestan –aunque de distinta manera– los “defectos” y “ruidos” de la transmisión, zonas que no se pueden representar por el exceso de “real” que las constituye –rupturas, lutos, traumas– o porque es necesario mantenerlas en secreto o porque se pueden insinuar solo a través del desvío o el silencio.

En estas novelas los hijos “se hacen cargo” del pasado de los padres a través de la escritura de sus vidas como un intento de anclar sus biografías extraviadas y de contestar la pregunta sobre la identidad –personal y familiar– que es también una pregunta por el “nosotros” que constituye todo yo. De aquí que “escribir hacia atrás” implique apelar a la memoria familiar –padres, comunidad de pertenencia (judíos e italianos emigrados a Argentina)–, poniéndose en su lugar, escribiendo en su nombre para interpelar las deudas pendientes, interpretar la genealogía desde sus nudos más conflictivos e indecibles asumiendo el sujeto-familia² como un mecanismo de enlace y separación, de identidad y diferencia, de tensiones y negociaciones.

El padre de *Lenta biografía* huye de Polonia a causa de la persecución nazi y emigra a Argentina para “inaugurar” una nueva vida, como si el pasado fuera una página en

² Para los fines de esta investigación, voy a utilizar el término familia para referirme tanto al vínculo genealógico que une a sujetos que pertenecen a la misma sangre como a vínculos de otro tipo, como las alianzas políticas, afectivas, simbólicas que unen a sujetos en comunidades. Sobre la familia como “máquina de producción de afectos y renovación de historia”, como alianzas afectivas, políticas, ideológicas que unen a sujetos en comunidades, véase Amado/Domínguez (2004).

blanco o un hueco destinado a quedarse vacío de manera irreversible. La llegada y adaptación al nuevo país, en lugar de afianzar la esperanza de clausurar el pasado y/o de superarlo, lo que hace es potenciarlo, traerlo de vuelta al presente, convertirlo en fantasma amenazante que revolotea en su cotidianidad imposibilitando cualquier posibilidad de arraigo. Al haber perdido sus coordenadas biográficas –familia, afectos, pueblo de origen– el único lugar que reconoce como propio es su memoria paralizada por el exceso de las pérdidas allí guardadas. A pesar de su aparente frialdad y desapego frente a su pasado, el padre no logra separarse de su vida europea porque hacerlo significaría asumir “el enterramiento”, “en su consciencia y en sus sentimientos” (Chejfec 1990: 55), de sus padres, hermanos, tíos asesinados por el nazismo; lo que implicaría, en consecuencia, separarse de su recuerdo y negar la culpa de haberles sobrevivido. Al ser el “único depositario de lo que habían sido sus familiares ya desaparecidos del mapa” (1990: 45), representa la tumba que éstos nunca tuvieron, la cripta que preserva del olvido sus cuerpos desaparecidos. Lo que queda de la familia perdida es su persona como resto de lo ausente, un resto “impracticable” como diría Giorgio Agamben al “que no podemos decir adiós y con lo que hemos de confrontarnos de forma obligada” (2000: 84). En este sentido, el padre es el responsable de mantener viva la memoria de su familia. Por ser el único que sobrevivió al exterminio nazi está en deuda con los fallecidos, y la forma de saldar su débito con ellos es a través de un vecinamiento constante a sus fantasmas. Estar “entre” los espectros de los tíos y los hermanos implica su propio devenir-espectro, su estar en el presente como fantasma de sí mismo, ocupando la frontera entre la vida y la muerte, ausente y presente a la vez, cada vez más delgado de presencia, mirando hacia atrás en todos los actos de su cotidianidad: “Sutil pretérito de las cosas muertas. Siguen vivas, continuando, en la memoria de uno y sin embargo ya no son... Sutils pretéritos que ya no son y siguen siendo” (Chejfec 1990: 25).

Lo que llama la atención en este personaje que vive “en estado de memoria” es que no habla. Es un testigo que no puede testimoniar; su historia es incomunicable: no tiene lengua para ser contada, tampoco relato que pueda restituir una trama tentativa del pasado; solo el silencio tenaz de un trauma que se insinúa a través de la imposibilidad misma de su simbolización y que es el único testimonio posible cuando se vive la “catástrofe del sentido” (Richard 1994). Solo sus gestos, sueños y miradas sugieren –a la mirada del heredero intérprete– conexiones y enlaces con un pasado quebrado, que ha generado un corte y un quiebre psíquico en el padre: “No es que mi padre se acercara a esos recuerdos como si fuese otro, sino que recordarlos era un cotidiano reconocimiento de separación y cesura individual. El sentimiento de extranjería imprescindible que supongo que tuvo que haberse forjado para así soportar las catástrofes que le habían sobrevenido” (Chejfec 1990: 107).

A partir de lo apenas mencionado, llama la atención la voluntad del padre de lograr que su “descendencia” estuviera “dirigida a su genealogía” (1990: 137) y que para ello utilizara “una didáctica particular” basada en la indiferencia, el silencio, la desesperanza, el consuelo frente al pasado. ¿Cuál es entonces la herencia que este padre le transmite al hijo si se trata de una herencia inarticulable en un relato? El hijo de *Lenta biografía* hereda una memoria colectiva –la de la persecución y exterminio nazi por un lado y la de la diáspora por otro– que es marca de un desamparo identitario que, si bien es vivido de segunda mano, constituye un espacio de fundación ineludible de su identidad. El narrador-hijo desea saber quién es, cuál es su origen, de dónde viene, cómo ha llegado a ser lo

que es. En efecto, la novela comienza con la declaración del narrador de querer “escribir o intentar escribir lo que se llama, por lo general, ‘mi vida’” (1990: 15). Para intentar una respuesta para esta interrogante emprende la tarea de escribir la historia de su progenitor sin que éste se la haya contado o le haya proporcionado los contenidos necesarios para llevar a cabo su proyecto. Sabe que su historia deriva de la historia del padre y que para saber su nombre necesita aprehender lo que el nombre del padre oculta, interpretar el secreto que su silencio insinúa.

La escritura cumple aquí la función de herencia. Escribir “en nombre del padre” es, paradójicamente, un acto de transmisión, el otorgamiento de un “don”: devolverle al padre –quien quedó huérfano de sus coordenadas afectivas– una historia tentativa, si bien la historia que se escribe es el relato de la imposibilidad misma de contar esa historia como historia de una falta que se puede nombrar solo como ausencia. Lo que hace el hijo-heredero es “inventar” una herencia, captura indicios para armar una trama de la historia, “imponerle otra dirección”, “hacerla entrar en otro juego” (Foucault 2000: 42) apelando a la imaginación, las hipótesis, las suposiciones que muestran el carácter inconcluso y tentativo de toda interpretación. Heredar para restituir es el gesto del hijo hacia el padre, pero esta restitución destituye tanto al progenitor “haciéndole decir [a él mismo y su memoria] cosas que no le eran propias” (Chejfec 2005: 199) en una lengua que no era la suya, como al hijo que, en su intento de inscribirse en el nombre paterno, lo único que logra es aproximarse erráticamente a su historia y aprender que no “no hay lugar” para una genealogía frágil como la suya ni tampoco para una lengua impotente ante el exceso de la experiencia y del trauma.

El libro que el narrador-hijo escribe es entonces incompleto y fragmentario. Nada de lo que allí se dice es comprobable: sólo suposiciones que muestran que “una historia no era unívoca ni definitiva” (1990: 81), que lo narrado siempre puede ser de otro modo y que esa precariedad es constitutiva de cualquier herencia. En este sentido, se trata de un libro que escribe su propio testamento al declarar la impotencia de la literatura frente a la representación de la experiencia, sus límites y bordes pero también su postergación y diferimiento, su aproximación indetenible a ese relato que siempre va a faltar.

Si *Lenta biografía* habla de la falta del relato sobre el pasado, otro es el caso de las novelas de Roberto Raschella donde, por el contrario, es el exceso de relato lo que predomina, el derroche de referencias, de nombres, de versiones de la historia que se cruzan, se contradicen, se complementan. Se trata de textos autobiográficos donde la confesión y la memoria son los registros a través de los cuales el autor reflexiona sobre su condición de “emigrado antes de nacer” (Raschella 1994), para quien el desarraigo es la herencia que recibe de los padres a través de su relato sobre el “país” de origen, lo que despierta en él la curiosidad de indagar en la “oscura conciencia” familiar con el propósito de armar la genealogía de su sangre y de sus raíces. Se trata de interrogarse sobre cómo se transmite un origen cuando las referencias están en otro lugar y cómo ese origen es imaginado por el hijo que cuenta solo con la palabra oral y el dialecto de los padres para inscribirse en su apellido.

Diálogos en los patios rojos (1994) y *Si hubiéramos vivido aquí* (1998) son novelas complementarias en el sentido de que construyen dos espacios –Italia y Argentina; el pueblo de Calabria y la ciudad de Buenos Aires– que se implican mutuamente. Aquí el lugar de origen y el lugar donde se emigra, más que espacios reales y contingentes, son construcciones de la memoria y de la nostalgia, territorios mentales y emocionales que

se funden y conectan a través de la palabra que los nombra. El primer texto narra la historia de una pareja de italianos que, durante el fascismo, emigra a la Argentina (primero el padre perseguido por el fascismo y después la madre con el hijo Filippo) en busca de un mejor porvenir. Se trata de una sucesión de diálogos entre los integrantes de la familia y los paisanos que visitan la casa (Mimí, Nico, Rino, Ana), que recuerdan en voz alta su pueblo³ de origen y hablan de sus vidas fuera-de-lugar, de los parientes y amigos que se quedaron en Italia (la abuela, Antonio, Nicodemo, Yole, Tere, Testuzza), de los ideales perdidos, de los proyectos fracasados, formando una suerte de comunidad unida por el recuerdo de las mismas cosas y atormentada por los mismos fantasmas, que a veces despiertan la nostalgia de una comida o de un paisaje y otras la culpa por haber abandonado la patria y la madre.

El narrador de *Diálogos en los patios rojos* –hijo menor de la pareja, nacido en Argentina– es el único ajeno al pasado que los demás comparten; él es el heredero de lo que nunca vivió y que recibe a través de las conversaciones que escucha en el patio de la casa: “De los paisanos me gustaba conocer la geografía de origen y la explicación de cada nombrecito apicicado” (Raschella 1994: 147), y que le inducen a “transcribir” la historia familiar en un relato capaz de “repetir la historia ya sabida” (1994: 105). *Si hubiéramos vivido aquí* narra el viaje –anunciado en la novela anterior– del narrador adulto a la aldea de Calabria después de la muerte del padre para escribir la historia familiar; se trata de un viaje que responde a su necesidad de adquirir una experiencia y un conocimiento empírico de ese origen transmitido a través de la palabra oral. Visitar el “tronco antiguo” de la familia constituye una manera de asumir la herencia desde otra perspectiva, la de “allá” que se convierte ahora en la de “aquí”, lo que modifica las coordenadas de lectura de la historia porque ahora son las dos ramas de la familia, los Macrí (rama materna) y los Raschella (rama paterna), enemistadas desde el matrimonio de los padres, los que relatan la historia, cada uno desde su propia perspectiva y experiencia.

Viajar al pueblo de los padres implica, para el hijo, ordenar la trama de la historia a través de la escritura; pero la trama se resiste a la unidad y a la coherencia, muestra la imposibilidad de restituir la totalidad de la historia por los quiebres, las faltas, los secretos que la constituyen. Se desea armar un árbol genealógico pero la lectura del legado exige poner “bajo tachadura” la idea misma de un origen-raíz, porque la experiencia en la aldea, el intercambio con los “parientes” genera la necesidad de sospechar sobre una historia coherente al mostrar el devenir de la fábula familiar en las distintas versiones que el narrador escucha.

Por otro lado, viajar a Calabria es también para el heredero una forma de ocupar el lugar del padre y regresar a la patria en su nombre, a la vez que es una manera de reencontrarse con su espectro, que irrumpen una noche en su cuarto para dejarle el último legado: “el legado de su experiencia entre los hombres”, “la experiencia de mí mismo” como hombre, “vulgar hombre de todo tiempo” (Raschella 1998: 118); herencia de un

³ Dice el narrador en *Diálogos en los patios rojos*: “País, puede decirse aldea, villorio caserío, pero país es tierra propia y aldea, villa y villorio, caserío y nación” (1994: 186). En las dos novelas la “ciudad” es Buenos Aires y “el país” (“il paese”) es el pueblo natal de los padres en Calabria: dos espacios aparentemente antagónicos que terminan por revelarse parecidos y complementarios en la medida en que el narrador descubre que el destino del hombre es el mismo, independientemente del lugar donde uno viva.

desarraigo que no se resuelve excluyendo uno de los términos de la pregunta –“soy de esta tierra o de otra tierra” (1998: 119)– sino asumiendo que la pertenencia no está ni en el aquí ni en el allá, ni tampoco en un lugar definitivo y alcanzable sino en la aceptación del extravío y la inconformidad como marcas estructurales de toda identidad.

En este sentido, como en *Lenta biografía*, aquí tampoco “hay lugar” para el heredero que recibe una herencia que lo expropia de toda pertenencia al declararlo huérfano y extranjero sin posibilidad de regresar a alguna morada. Más bien, el lugar que la herencia le atribuye es un entre-lugar desde donde es posible hablar en “el plural de las lenguas” (Sarlo 1995). Me refiero a la lengua literaria donde el dialecto calabrés y el castellano, que fundamentan la identidad del heredero, conviven como “plural” que se complementa sin jerarquía de una lengua o una cultura sobre otra, plural indecible e inconciliable que dispone la herencia a nuevas fugas y devenires.

Para Chejfec y Raschella la herencia es un texto intraducible e inapropiable cuya legibilidad es siempre póstuma, lo que hace que el heredero se sienta expropiado del patrimonio que hereda en la medida en que intenta hacerlo suyo. Se hereda entonces lo que nunca se va a poseer, lo que está como falta de alguien o de algo: suerte de riqueza/plenitud de la ausencia que nos precede y nos sucede para interpelarnos una y otra vez como los muertos de Sándor Márai que “reaparecen y actúan de nuevo” (Sarlo 1995: 6).

Bibliografía

- Agamben, Giorgio (2000): *Lo que queda de Auschwitz: el archivo y el testigo*. Valencia: Pre-Textos.
- Amado, Ana/Domínguez, Nora (eds.) (2004): *Lazos de familia. Herencias, cuerpos, ficciones*. Buenos Aires: Paidós.
- Benjamin, Walter (1997): *Discursos interrumpidos I*. Buenos Aires: Taurus.
- Chejfec, Sergio (1990): *Lenta biografía*. Buenos Aires: Puntosur.
- (2005): *El punto vacilante. Literatura, ideas y mundo privado*. Buenos Aires: Norma.
- Derrida, Jacques (1995): *Espectros de Marx*. Madrid: Trotta.
- (1998): *Memorias para Paul de Man*. Barcelona: Gedisa.
- Didi-Huberman, Georges (1997): *Lo que vemos, lo que nos mira*. Buenos Aires: Manantial.
- Fabietti Ugo/Matera, Vincenzo (1999): *Memorie e identità. Simboli e strategie del ricordo*. Roma: Meltemi.
- Foucault, Michel (2000): *Nietzsche, la genealogía, la historia*. Valencia: Pre-Textos.
- Halbwachs, Maurice (2000): *La memoria colectiva*. Milano: Unicopli.
- Makowski, Sara (2002): “Entre la bruma y la memoria. Trauma, sujeto y narración”. En: *Perfiles Latinoamericanos. Revista de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales*, 21, pp. 143-158.
- Márai, Sándor (2000): *La herencia de Eszter*. Barcelona: Salamandra.
- Raschella, Roberto (1994): *Diálogos en los patios rojos*. Buenos Aires: Ediciones Paradiso.
- (1998): *Si hubiéramos vivido aquí*. Buenos Aires: Losada.
- Real Academia Española (2002): *Diccionario de la Real Academia Española*. Vol. I. Madrid: Espasa Calpe.
- Richard, Nelly (1994): *La insubordinación de los signos: cambio político, transformaciones culturales y poéticas de la crisis*. Santiago de Chile: Cuarto Propio.
- Sarlo, Beatriz (1995): “Experiencia y lenguaje II”. En: *Punto de Vista*, 51, pp. 5-6.
- Segovia, Tomás (2000): *Anagnórisis*. En: *Poesía (1943-1997)*. México, D. F.: Fondo de Cultura Económica, pp. 219-311.